

## De hadas ideales y de hadas desidealizadas: Sobre la imagen y el papel del hada en el lai de *Lanval*, el *Jeu de la Feuillée* y la *Mélusine* de Jean d'Arras

RAMÓN GARCÍA PRADAS  
Universidad de Castilla-La Mancha

### **Resumen**

Con este artículo nos gustaría profundizar en la enigmática figura del hada tal y como aparece reflejada en la Literatura Francesa Medieval. Para ello, hemos seleccionado -del amplio *corpus* de textos en los que aparece ora como personaje principal ora como personaje secundario- un lai de Marie de France, *Lanval*, una obra de teatro, el *Jeu de la Feuillée* de Adam de la Halle y una novela, *Mélusine* de Jean d'Arras. Las obras nos parecen significativas no sólo porque pertenezcan a géneros literarios diferentes y a periodos distintos (siglos XII, XIII y XIV) sino porque muestran una imagen plural del hada que nos permite comprender la verdadera concepción de este personaje, producto de las creencias folklóricas medievales, la de un ser maravilloso que hubo de moverse entre el bien y el mal, con la misma capacidad para premiar que para castigar, para amar que para odiar al hombre al que desean o a quien se encuentra a su alrededor, como si el maniqueísmo medieval no pudiera dejar de influir incluso en estas enigmáticas criaturas tan misteriosas como la propia naturaleza.

### **Abstract**

By means of this article, we would like to delve into the enigmatic fairy's role such as it has been depicted in Medieval French Literature. To do so, we have chosen -among the wide range of texts in which fairies appear either as the main or as a secondary character- a lai of Marie de France, *Lanval*, a play, the *Jeu de la Feuillée* by Adam de la Halle and a novel, *Mélusine* by Jean d'Arras. From our point of view these works are remarkable not only because they belong to different literary genres and periods (12<sup>th</sup>, 13<sup>th</sup> and 14<sup>th</sup>) but also because they show a diversified conception of fairies, which allows us to understand the real interpretation of this character, that of a marvelous creature which was supposed to fluctuate between good and evil and which had the same aptitude either for rewarding or punishing, for loving or hating the man they are in love with or all those that are around them, as if Medieval Manicheism weren't able to give up influencing on these enigmatic creatures so mystifying as Nature itself.

## 1. Introducción

Las hadas no son personajes extraños a la *Literatura Francesa Medieval*. Antes bien, la fascinación que provocan en el ser humano las ha convertido en uno de los personajes más recurrentes del relato medieval y del cuento, en general. Ligadas por su nombre al destino<sup>1</sup>, aparecen originariamente relacionadas con el culto de los árboles, las aguas y las piedras. Dotadas, además, por sus antepasados, los antiguos dioses, de facultades extraordinarias, tienen poder sobre la vida, el amor y la muerte<sup>2</sup>.

Definir una figura tan etérea como la del hada no es tarea fácil, dados los múltiples matices que en los distintos relatos en los que aparece adquiere. Físicamente, las hadas son seres de una belleza tan prodigiosa como inquietante. Dicha belleza a menudo es descrita en términos hiperbólicos, pero el hada, pese a que su físico no siempre puede ser percibido<sup>3</sup>, suele mostrarse en estos relatos medievales bajo la encantadora apariencia de una mujer. Ello ha hecho, como bien señala Harf-Lancner, que las hadas, a lo largo del medievo, se hagan portadoras de un carácter esencialmente erótico<sup>4</sup>. Son, pues, hadas amantes que se definen como «femmes surnaturelles qui se

---

<sup>1</sup> Así lo deja ver en cierto modo Boutet cuando en torno al personaje del hada nos dice: «Leur nom générique (en latin *fata*, féminin dérivé de *fatum*, le destin) dit l'emprise qu'elles ont, dans l'imaginaire, sur la vie des humains» (BOUTET, D.: *Histoire de la littérature française du Moyen Âge*, Paris, Honoré Champion, 2003, pág.125). Poirion también es partidario de esta visión del hada al definirla como un ser clarividente capaz de saber, por ejemplo, lo que sucede en el mundo de los humanos (POIRION, D.: *Le merveilleux dans la littérature française du Moyen Âge*, Paris, PUF / Que sais-je?, 1982, pág. 55) y Harf-Lancner, por su parte, añade que, aparte del poder de predicción que las hadas tienen sobre el destino humano, también tienen la potestad de operar sobre él. No en vano, define al hada como: «déesse du destin et femme surnaturelle opératrice de prodiges» (HARF-LANCNER, L.: *Les fées au Moyen Âge. Morgane et Mélusine. La naissance des fées*, Paris, Honoré Champion, 1984, pág. 14). Sin embargo, este control sobre el destino humano y esta capacidad de predicción no siempre va a ser tal en los relatos medievales y un buen ejemplo de ello lo hemos encontrado precisamente en una de las obras que serán objeto de estudio en el presente artículo, el célebre *Jeu de la Feuillée* de Adam de la Halle. Sea como fuere, parece estar claro que el hada, al igual que la figura femenina en general, muestra en los textos medievales un más que evidente rol de figura mediadora en el hombre y, más concretamente, en el destino de éste: «Enfin l'ultime incarnation du médiateur est la Dame ou la fée. À la fois objet et agent du changement de l'homme, elle occupe une fonction différente et essentielle (...)» (DESSEIN, M.: *La femme médiatrice dans de grandes oeuvres romanesques du XII<sup>e</sup> siècle*, Paris, Honoré Champion, 2001, pág. 11).

<sup>2</sup> MARTÍN, T.: *Vidas, secretos y costumbres del mundo encantado de las hadas*, Barcelona, Editorial Óptima, 2003, p. 17.

<sup>3</sup> A este respecto Martín nos dice: «Las hadas, en principio, son invisibles. Sin embargo, suele suceder que, en algunos momentos, y en determinadas circunstancias, adquieran densidad, espesor, y muestren un cuerpo que, sin dejar de ser materia sutil, se haga visible a los ojos de ciertos humanos, que casi siempre las perciben como seres con figura antropomórfica» (MARTÍN, *Op. cit.*, pág. 18).

<sup>4</sup> HARF-LANCNER, *Op. cit.*, pág. 15.

partagent entre l'autre monde et le monde des hommes ; plus belles parmi les mortelles, elles inspirent aussitôt l'amour»<sup>5</sup>. Ello hace, por consiguiente, que a menudo la figura del hada sea confundida con la de una mujer del mundo normal, si bien es cierto que en no pocas ocasiones su cuerpo se hace portador de una voluptuosidad con la que no tardará en subyugar a su amante.

Definidas físicamente, tal vez convendría adentrarse, aunque sólo sea de forma sucinta, en el carácter del hada. No es de extrañar que la imagen más extendida que se tiene del hada es una imagen idealizada y bastante positiva, pues es vista como benefactora del ser humano y, sin embargo, este carácter benefactor no siempre aparece como característica definitoria del hada. En efecto, Martín<sup>6</sup> apunta que, en cuanto a su talante, las hadas pueden ser idílicas o sombrías, alegres o melancólicas, amables o hurañas. Son seres imprevisibles, evanescentes, tan tiernas y cariñosas como detestables y vengativas. Reparten dones o desdichas entre los mortales según el criterio que marca su libre voluntad. Son, pues, bienhechoras o maléficas. Son, en definitiva, como nos dice Martín, «un dechado de virtudes, pero también poseen una arista de maldad o indiferencia, representativa del mundo de la naturaleza, que no siempre es benéfico y placentero, sino que también muestra a veces un rostro terrible»<sup>7</sup>.

Sea como fuere, las hadas son seres que hacen gala de un poder supranatural destinado normalmente a beneficiar al hombre del que se han enamorado o al que, al menos, tienen algo que agradecer. A este respecto, nos gustaría hacernos eco de las palabras de Poirion, para quien lo maravilloso, en el personaje del hada, deja aflorar el espíritu matriarcal: «Très proche de ce que nous retrouvons dans d'autres folklores, ce merveilleux laisse affleurer un esprit matriarcal plus archaïque dans le règne masculin de la société féodale et de la religion chrétienne»<sup>8</sup>. Las hadas, así vistas, son seres que hacen gala de un paganismo femenino enraizado en las creencias folklóricas que versan sobre la concepción de la mujer en el medievo. No nos gustaría terminar esta introducción sin hacer mención, por somera que ésta sea, de la tipología de hadas que nos encontramos en los relatos medievales. Boutet<sup>9</sup> distingue entre el hada madrina<sup>10</sup>

---

<sup>5</sup> HART-LANCNER, *Op. cit.*, pág. 34.

<sup>6</sup> MARTÍN, *Op. cit.*, pág. 18.

<sup>7</sup> MARTÍN, *Op. cit.*, pág. 19.

<sup>8</sup> POIRION, *Op. cit.*, págs. 56-57.

<sup>9</sup> BOUTET, *Op. cit.*, pág. 126.

<sup>10</sup> Para Boutet, el hada madrina es aquella que, rondando la cuna del recién nacido y asomándose a verlo, preside su destino. Un buen ejemplo de ello lo encuentra en el personaje de Ninienne en el *Lancelot en prose*. En efecto, el hada en la novela se lleva consigo al pequeño Lancelot, casi recién nacido, para protegerlo de sus enemigos y velar por su correcta educación (BOUTET, *Op. cit.*, pág. 126).

y el hada amante y, a su vez, de esta última atestigua la existencia de una doble tipología: el hada morganiana (cuyo origen se encuentra en el hada Morgane) y el hada melusiniana (cuyo origen se encuentra en el hada Mélusine). Las dos son hadas amantes y, sin embargo, su comportamiento de cara al amado raya la antítesis. Ello se debe a que las hadas morganianas se caracterizan por atraer al mortal al que aman al otro mundo, dicho sea de paso, al mundo al que pertenecen, para retenerlo junto a ellas y poder gozar así libremente de su amor. A menudo, suelen ser seres estériles. Las hadas melusinianas vienen, por el contrario, al mundo de los humanos para desposar a un hombre y vivir así a su lado, tratando de integrarse en el universo feudal, en el que no es de extrañar que tengan descendencia y, además, cuantiosa. Se convierten, por tanto, en diosas madres ligadas a la abundancia y a la fertilidad<sup>11</sup>.

Como podemos comprobar, la figura del hada amante resulta harto contradictoria, debido, sin género de dudas, a lo que la leyenda cuenta sobre las dos hadas que las representan: Morgane y Mélusine. Y, sin embargo, en sendos casos emana un esquema de desarrollo narrativo en el que se inserta el hada bastante paralelo. Harf-Lancner ha profundizado en su interesante al tiempo que profundo estudio sobre el hada medieval en torno a esta cuestión. Propone así un esquema para el cuento melusiniano en el que distingue cuatro fases: en la primera, un hada, con la figura de una bella mujer, se desposa con un humano; en la segunda, el futuro esposo debe aceptar una condición, o, para ser más exactos, una prohibición (ver al hada desnuda, verla durante el sábado o verla mientras se encuentra dando a luz); en la tercera, la pareja goza de una prosperidad más que sorprendente mientras el marido cumple con su palabra; en la cuarta, finalmente, el pacto es violado por el marido. El hada desaparece y con ello se desvanece la felicidad y la prosperidad de antaño. En el cuento morganiano, aunque la estructura sea inversa, existen muchos elementos paralelos como es la prosperidad del héroe cuando entra en contacto con el hada o la ruptura del pacto que ambos establecen por culpa del hombre y la consiguiente separación de los amantes. Sin embargo, el cuento morganiano introduce dos variantes: ahora es el héroe quien marcha al mundo

---

<sup>11</sup> Precisamente, es con la descendencia como el hada melusiniana consigue integrarse en el mundo real o, dicho de otro modo, en el mundo de los humanos al que pertenece el hombre del que se ha enamorado. El hada morganiana, por el contrario, no se integra en este mundo y buena prueba de ello se encuentra en el hecho de que no llegue a tener descendencia. Por ello, el hada morganiana se caracteriza, antes bien, por llevar al amante a su mundo: «(...) L'originalité des contes mélusiniens réside dans la volonté de la fée de mener une vie humaine dans sa veine tentative de s'intégrer au monde des hommes. La fée délaisse son royaume pour suivre l'objet de sa tendresse, donne des enfants à son époux humain, veut passer par « une femme naturelle », selon l'expression de Jean d'Arras. (...) À ses contes s'opposent directement les contes « morganiennes » dans lesquels la fée, loin de suivre son amant, l'entraîne dans l'autre monde» (AUBAILLY, Jean-Claude, *La fée et le chevalier. Essai de mythanalyse de quelques lais féeriques des XII<sup>e</sup> et XIII<sup>e</sup> siècles*, Paris, Honoré Champion, 1986, pág. 84).

del hada<sup>12</sup> y al final del cuento, los amantes se reúnen en el Más Allá, si bien esta última situación no es común a todos los cuentos morgánicos. Harf-Lancner distingue la siguiente estructura para este segundo tipo de cuentos: en la primera parte, ha lugar el viaje del héroe al otro mundo; en la segunda, el héroe permanece junto al hada en el Más Allá; en la tercera, el héroe regresa al mundo de los humanos; en la cuarta, el héroe rompe el pacto que hizo con el hada, lo cual le impide volver a encontrarla y en la quinta, si ésta ha lugar, se produce la reunión de los amantes en el Más Allá.

Ésta es la imagen que se encuentra del hada en buena parte de los relatos medievales en los que aparece y en el caso de la *Literatura Francesa Medieval* no son pocos. Podríamos destacar así los *lais* anónimos titulados *Graelent* o *Guingamor*, o las novelas que llevan por título *Partonopeus de Blois* o *Le Bel Inconnu* de Jean Berjeau. La lista podría seguir agrandándose, pero lejos de dilatarla gratuitamente, sólo haremos mención de tres obras más, las tres que supondrán el objeto de estudio del presente artículo, el *lai* titulado *Lanval*, de Marie de France (siglo XII); el *Jeu de la Feuillée* (siglo XIII), de Adam de la Halle y *Mélusine* (siglo XIV) de Jean d'Arras. Las tres obras nos han resultado significativas, principalmente por el protagonismo que la figura del hada mantiene en ellas, pero también por ser obras que pertenecen a géneros diversos (*lai* o relato corto, obra de teatro y novela) y a épocas diferentes (siglos XII, XIII y XIV), lo cual nos permitirá ver un diferente tratamiento de este personaje, que pretendemos estudiar desde un triple ángulo de visión (el amor, la concesión de dones y el castigo ante la transgresión del héroe), en función del género y del momento en que nos encontramos, y tener un amplio espectro del mismo. Sin más dilación, nos gustaría dar pie al estudio comparado que aquí proponemos tocando el tema de las hadas y el amor.

## 2. Las hadas y el amor

Ya hemos dicho que el hada es una figura eminentemente erótica en el relato medieval. Buena prueba de ello la encontramos en *Lanval* y en *Mélusine* y, quizá en menor medida, sin que por ello el tema se encuentre ausente, en el *Jeu de la Feuillée*, si bien cierto es que el protagonismo del hada en esta última obra no puede ser puesto en parangón con el protagonismo del hada en las otras dos obras anteriormente citadas, ya que en el drama de Adam de la Halle las hadas

---

<sup>12</sup> Convendría precisar que no es exactamente el héroe quien marcha con conocimiento de causa al mundo del hada. Normalmente, en su continuo deambular, suele encontrarse al hada en un espacio fronterizo entre el mundo real y el mundo de lo maravilloso del que ella indudablemente proviene. Así, tras haberse conocido y haberse enamorado es el hada la que se lleva al amado a su mundo, la que prácticamente lo hace desaparecer: «(...) le nom de Morgane s'attache souvent à la disparition d'un héros dans l'autre monde» (AUBAILLY, *Op. cit.*, pág. 204).

ocupan un papel secundario, aspecto que nos parece de justicia decir desde un primer momento<sup>13</sup>.

*Lanval*, que reúne poco más de seiscientos versos, nos cuenta la historia de un caballero, de nombre Lanval, que, olvidado injustamente por Arturo y su mesnada, se ve obligado a exiliarse. En su peregrinar, y al lado de un río<sup>14</sup>, Lanval se encuentra con dos doncellas que amablemente lo conducen a donde el hada lo está esperando, un ámbito fronterizo entre su mundo y el mundo real del que proviene su enamorado, Lanval, el hombre al que el hada está buscando. Así nos define Sienaert esta primera zona de encuentro: «La zone de leurs premières amours est donc intermédiaire entre les deux mondes : la dame est venue à sa rencontre, alors que Lanval a quitté la cour et la ville»<sup>15</sup>. Lanval no tarda mucho en confesarse enamorado del hada a la que ha encontrado y juntos se marchan al reino del que ella proviene, la mítica ciudad de Avalon. Así, frente al olvido y al desdén, Lanval va a encontrar una perfecta acogida en el mundo mirífico al que el hada pertenece, tal y como apunta Baumgartner a fin de justificar por qué Lanval se marcha de buen grado con el hada que acaba de conocer: «(...) c'est aussi parce que le monde féérique a su se montrer plus beau, plus séduisant que la cour arthurienne où le roi ne sait pas récompenser le mérite, ni reconnaître l'innocence (...)»<sup>16</sup>. Sin embargo, pensamos que existe una razón de mayor peso aún para justificar la marcha de Lanval y es que, como muy bien nos dice Harf-Lancner<sup>17</sup>, el rechazo que la corte de Arturo siente hacia el héroe y el olvido y menosprecio al que injustamente lo somete no está explicado y se muestra, además, inexplicable, pero no hemos de perder de vista que Lanval es un héroe extranjero, un héroe diferente que, en cierto modo, aspira a otro mundo, al mundo al que, tal vez, y sin saberlo, él mismo

<sup>13</sup> Tal vez se preguntará el lector por qué hemos elegido entonces el *Jeu* si las hadas tienen un protagonismo secundario en él. Aunque dicho papel sea secundario, su intervención abarca buena parte de la obra y su presencia y quehacer en ésta nos han parecido harto interesantes, especialmente si lo ponemos en parangón con lo que ocurre en los otros dos relatos, porque el *Jeu de la Feuillée* va a subvertir buena parte de las consideraciones que hagamos en torno a la figura del hada en *Lanval* y *Mélusine* y en torno a las consideraciones que, a nivel general, hemos hecho acerca del hada en la introducción de este trabajo. En parte ello es así, esbozamos ya a título de interés, porque, como a nadie se le escapa, la obra de Adam de la Halle rezuma una hilarante parodia con la que todo se deconstruye y critica bajo el peso de la decrepita y desmitificadora realidad, y la figura del hada no es ninguna excepción a este respecto.

<sup>14</sup> La escena de encuentro con un hada en un río es típica de los relatos de hadas (MÉNARD, Philippe, *Les lais de Marie de France*, París, PUF, 1979, pág. 156), si bien es cierto que en no pocas ocasiones el hada suele aparecer bañándose (MÉNARD, *Op. cit.*, pág. 156). Así aparece, por ejemplo, en los *lais* anónimos que llevan por título *Graelant* y *Guingamor*.

<sup>15</sup> SIENAERT, Edgar, *Les lais de Marie de France. Du conte merveilleux à la nouvelle psychologie*, París, Honoré Champion, 1984, pág. 102.

<sup>16</sup> BAUMGARTNER, Emmanuèle, *Le récit médiéval*, París, Hachette, 1995, pág. 48.

<sup>17</sup> HARF-LANCNER, Laurence, «La reine ou la fée: l'itinéraire du héros dans les *Lais* de Marie de France», en DUFOURNET, Jean, (ed.), *Amour et merveille dans les Lais de Marie de France*, París, Honoré Champion, 1995, pág. 85.

pertenece. De hecho, Harf-Lancner<sup>18</sup> añade que su nombre -Laonval en francés antiguo- es un anagrama de Avalon. Es más, una vez que Lanval regrese a la corte de Arturo, la integración ya no será completa pese a la admiración y la buena acogida de sus compañeros y el propio rey. No en vano, Lanval aprovechará cualquier momento para invocar secretamente a su hada amada, apartándose así del mundo feudal que constituye la corte de Arturo:

A une fenestre entaillee  
S'esteit la reïne apuiee;  
Treis dames ot ensemble od li.  
La maisniee le roi choisi;  
Lanval conut e esguarda  
Une des dames apela;  
Par li manda ses dameiseles,  
Les plus quointes e les plus beles,  
Od li s'irruunt esbaneier  
La u cil erent al vergier.  
Trente en mena od li e plus;  
Par le degrez descendent jus,  
Li chevalier encuentre vunt,  
Ki pur eles grant joie funt.  
Il les unt prises par les mains:  
Cil parlemenz n'ert pas vilains.  
Lanval s'en vait a une part,  
Luin des autres. Mult li est tart,  
Que s'amie puisse tenir,  
Baisier, acoler e sentir;  
L'altrui joie prise petit,  
Se il ne ra le suen delit<sup>19</sup>.

Lanval es, pues, como apunta Aubailly<sup>20</sup>, un individuo solitario que sólo se interesa por su aventura amorosa y personal, especialmente desde el momento en que ha conocido al hada y se ha enamorado de ella. Si antes él era un extraño en la corte de Arturo, ahora es la corte de Arturo la que, ante sus ojos, se muestra con no poca extrañeza y la mejor prueba de ello la encontramos precisamente al final del relato, cuando, tras haberle defendido el hada en el juicio al que le somete Marco por culpa de

---

<sup>18</sup> HARF-LANCNER, *Op. cit.*, pág. 86.

<sup>19</sup> Marie de France, *Le lai de Lanval*, París, Le livre de Poche, 1995, pág. 50 (vv. 239-260).

<sup>20</sup> AUBAILLY, *Op. cit.*, pág. 80.

la reina, Lanval monta en el caballo del hada y junto a ella se marcha a la encantada ciudad de Avalon, pero no adelantemos acontecimientos al respecto.

Cabría ceñirse, más bien, a la actitud del hada y a su enamoramiento. El hada se muestra, desde el principio hasta el final, como un personaje enigmático. Por ejemplo, nunca recibe el apelativo de *hada*<sup>21</sup>, pero tampoco recibe el de *dama* y su nombre propio jamás aparece mencionado en el relato. Desde luego, el hecho de que en ningún momento reciba el apelativo de *dama* pensamos que está de sobra justificado. Es, en palabras de Berthelot, como si «le texte percevait parfaitement l'incongruité d'une telle appellation pour ce personnage»<sup>22</sup>. De hecho, la relación que se establece entre el hada y Lanval es anticortés, no sólo porque sea la dama quien elija al amante y no al contrario, como correspondería, y haya venido desde lejos para darse a él, sino también por la riqueza y el lujo que le procura, aspectos que se convierten en una metonimia de su amor y de los que, a diferencia de lo que había de ocurrir con el amante cortés, no son merecidos por las cualidades del héroe.

El amor que el hada siente hacia Lanval rompe así con los preceptos cortesés y rompiendo con dichos preceptos, es decir, rompiendo con la *cortesía*, está rompiendo, a su vez, con lo que ésta parece representar en el relato, el mundo de la feudalidad de la corte artúrica, la opresiva realidad, en definitiva.

El mundo del hada entra en contraste con el mundo real, el de la corte de Arturo, y viene a cubrir las deficiencias y las taras que constantemente presenta este mundo y que en la obra se hacen patentes en tres aspectos, según ha señalado Delcourt<sup>23</sup>: el funcionamiento del sistema feudal, el amor cortés y el procedimiento judicial.

El funcionamiento del sistema feudal ha sido injusto con Lanval porque, sin que exista razón alguna, lo ha excluido a la hora de recibir por parte del señor, el rey Arturo, los dones y el reconocimiento. Por otra parte, el amor cortés tampoco parece favorecer a Lanval. La reina Ginebra, prototipo de la dama cortés, según la concibe Chrétien de Troyes en *Le chevalier à la charrette*, se ha enamorado del héroe, pero al verse desdeñada por Lanval, lo acusa de homosexualidad en privado e intenta perderlo ante los ojos del rey, diciéndole que Lanval ha intentado

---

<sup>21</sup> SIENAERT, *Op. cit.*, pág. 101.

<sup>22</sup> BERTHELOT, Françoise, *Le roman courtois*, París, Nathan / Université, 1998, pág. 35.

<sup>23</sup> Así lo afirma cuando dice: «La description de la cour semble dénoncer tout à la fois le système féodal, l'amour courtois et la procédure judiciaire, auxquels s'opposent l'harmonie de l'Autre Monde» (DELCOURT, Thierry, *La littérature arthurienne*, París, PUF / Que sais-je?, 2000, pág. 38).

violarla. Como indica Aubailly<sup>24</sup>, la falta de coherencia en esta acusación resulta más que evidente, si tenemos en cuenta que a la hora de formular su acusación a Arturo, la reina le dice, por un lado, que Lanval ha intentado violarla y, por otro, dice amar a otra mujer infinitamente más bella que ella. El encadenamiento de ambas faltas no resulta, en modo alguno, lógico y da prueba de cómo la reina intenta vengarse de aquel que se ha ufano en rechazarla por amor hacia otra mujer. Así, el hada y Ginebra, puestas en parangón por el amor que sienten hacia Lanval, encarnan dos mundos contrapuestos: «(...) les deux pôles sont incarnés par deux personnages féminins : la reine perfide qui veut perdre le héros coupable d'avoir repoussé son amour, et la fée bienfaitrice qui sauvera par deux fois Lanval de la haine des hommes»<sup>25</sup>. El amor que el hada siente por Lanval no es como el amor humano. El amor de Ginebra revierte en odio y sed de venganza cuando es decepcionada por Lanval. El hada, en cambio, también es defraudada por Lanval, ya que éste ha roto el pacto que ambos hicieron y que consistía en no desvelar a nadie su amor y, sin embargo, acude al juicio y se presenta al resto de los humanos para exculpar a su amado. Además, mientras mantienen su relación, el hada no cesa de colmar con toda clase de dones a Lanval, convirtiéndolo en un caballero rico y poderoso.

Algo muy similar ocurre con Mélusine, como ya tendremos ocasión de ver y, sin embargo, entre Mélusine y el hada que aparece en *Lanval* existen diferencias más que considerables. En este orden de ideas, por ejemplo, en *Lanval*, el hada y su amado mantienen una relación basada, desde un primer momento, en la carnalidad y en el erotismo y, siguiendo el modelo de hada morganiana, el hada no tendrá en ningún momento descendencia. Además, no contrae matrimonio con su amante ni se adapta al mundo de éste. Sólo cabría tener en cuenta su arrogancia cuando aparece en la corte de Arturo para poderlo comprobar. Mélusine, en cambio, sí se adapta al mundo real, contrae matrimonio, acepta los preceptos cristianos y tiene, junto a su enamorado, un gran número de descendientes.

La diferencia en la tipología de relación amorosa propuesta por ambas hadas es más que sorprendente, ya que, en esa relación de matriarcado que la presencia y actitud del hada instaura, es en *Lanval* con la actitud del hada morganiana donde cobra una mayor dimensión. Así se puede constatar en la escena final en la que el héroe, por amor, abandona su reino y se monta en el caballo cuyas riendas dirige el hada, situándose, por consiguiente, detrás de ella.

---

<sup>24</sup> AUBAILLY, *Op. cit.*, pág. 79.

<sup>25</sup> HARF-LANCNER, *Op. cit.*, pág. 81.

Ya que hemos empezado hablando de Mélusine, nos gustaría ver, acto seguido, cómo es concebida en la novela de Jean d'Arras<sup>26</sup> y qué imagen del amor se desprende de la relación que mantiene con el protagonista masculino, Raymondin. Según cuenta la leyenda, las Melusinas, desesperadas y pecadoras, fueron transformadas por Satán en espíritus malignos de apariencia monstruosa, de la que sólo podían librarse casándose con un mortal. Mélusine participa de esta naturaleza monstruosa por culpa de una suerte que le ha echado su madre por haber encerrado a su padre en una montaña y haber acabado con su vida<sup>27</sup>. Se ve obligada así a exiliarse. Por otra parte, Raymondin, que sin querer ha matado a su amado tío mientras ambos luchaban contra un jabalí, huye asustado por el crimen que ha cometido. Se dirige así por azar y sin controlar las riendas de su caballo a una fuente en la que encuentra a tres damas y una de ellas, Mélusine, se le acerca. Hasta aquí, como se puede fácilmente apreciar, la situación es bastante paralela al modo en que Lanval ha encontrado a su hada, en un espacio donde hay agua y el hada se halla en compañía de otras dos doncellas, pero si en *Lanval* el joven es recibido y conducido por las dos doncellas, en la obra de Arras es la propia Mélusine quien desde el principio se acerca al héroe. A nuestro entender, ello no es gratuito, pues, en cierto modo, ya está dando cuenta del deseo y facilidad de Mélusine por acercarse al héroe y por integrarse en el mundo al que éste pertenece, como ya habíamos apuntado en la introducción de este trabajo. Tras intercambiar unas breves palabras, Mélusine, sorprendentemente, se presenta conocedora ya no sólo de la identidad de Raymondin sino del fatídico crimen que éste acaba de perpetrar. Mélusine se muestra así como lo que cabe esperar de un hada, al hacer gala de su facultad para conocer y, en cierto modo, controlar el destino del hombre. Aconseja, pues, a Raymondin sobre todo lo que ha de hacer para no ser declarado culpable, mostrándose así adyuvante del héroe ya no sólo porque lo salve sino porque, además, promete colmarlo de prosperidad, convirtiéndolo en el señor más poderoso de todo su linaje:

Au nom du ciel, Raymondin, je suis, après Dieu, celle qui peut le mieux t'aider et, en ce monde, te faire trouver honneur et profit, au milieu de ton adversité, celle qui peut le mieux convertir ton méfait au bien. À quoi bon dissimuler ? Je sais bien que tu as tué ton seigneur par erreur, comme si tu en avais eu l'intention, bien que, à ce moment-là, tu n'aies pas songé à le faire, et

---

<sup>27</sup> El rey Elinas, padre de Mélusine, se había enamorado del hada Présine cuando la ve por vez primera en una fuente, por su belleza, la finura de su porte y la perfección de su canto. Présine decide desposarlo, pero le impone una condición, que no la vea mientras dé a luz. Elinas rompe el pacto y la sorprende dando a luz tres niñas. Présine, enojada, aunque enamorada de su marido, se marcha. Las hijas crecen así en el destierro y la mayor, Mélusine, cuando se entera de todo lo ocurrido, en complicidad con sus hermanas, las hadas Melior y Palestina, encierra al padre en una montaña donde lo deja morir. Cuando Présine se entera, se enfada con sus hijas y les echa una suerte, siendo la de Mélusine la conversión, todos los sábados, de la mitad de su cuerpo -de cintura para abajo- en una larga cola de serpiente. Sólo casándose con un humano podrá liberarse del sortilegio, pero si el humano la descubre y desvela el secreto, estará condenada a ser una serpiente para siempre.

je sais toutes les paroles qu'il t'a dites, avec sa connaissance des astres (...) sois certain aussi que sans moi, sans mes conseils, tu ne peux venir à bout de cette aventure (...) ; je ferai de toi le plus considérable seigneur issu de ton lignage et le plus puissant du monde<sup>28</sup>.

Al igual que el hada de *Lanval*, Mélusine es un hada enamorada y bienhechora para con su amado. Raymondin hace caso a sus palabras y termina saliendo airoso de la situación, por lo que decide desposarla. Así, a diferencia de *Lanval*, en el que el hada vive una relación adúltera con su enamorado, al margen de todas las reglas imperantes -ya no sólo las que impone la Iglesia sino las preconizadas por la propia *cortesía*- Mélusine las adopta por completo, aceptando la institución del matrimonio. Así, mientras que el hada de *Lanval* se muestra rebelde y altanera con el mundo de los humanos y su contacto con él es espontáneo y justificado sólo por una causa de fuerza mayor, la posible muerte o injusto castigo de su amado si es condenado por amarla, Mélusine es un hada obediente con el sistema de valores que rige el mundo real. De ahí la necesidad del hada en *Lanval* por llevarse al amado a su mundo maravilloso, mientras Mélusine se asienta placidamente en el mundo real en el que sólo en apariencia<sup>29</sup> -y nunca mejor dicho- parece estar integrada. No en vano, en la primera conversación que mantiene con su amado, justifica el poder de predicción que tiene, por si Raymondin llegara a pensar que es asunto de Satán (la leyenda originaria contaba que la maldición había sido asunto de Satán y no de la madre del hada), como obra de Dios, pues ella es una buena católica. Cualquier origen oscuro, como realmente tiene, queda así disipado para Raymondin, que en ningún momento se pregunta por el origen de este poder: «Je sais bien que tu imagines que ma personne et mes paroles ne sont qu'illusion et œuvre du diable, mais je te certifie que je participe du monde de Dieu, et que je crois tout ce qu'une bonne catholique doit croire»<sup>30</sup>.

Mélusine y Raymondin contraen así matrimonio y no tardan mucho en tener una larga descendencia de hijos varones, lo que ha hecho que Mélusine haya sido vista como «déesse-mère» y «fée de la fécondité»<sup>31</sup>. De ello se desprende, evidentemente, que entre Raymondin y Mélusine se establece un contacto carnal bastante intenso, al igual que ocurre entre *Lanval* y su hada y es que, como nos dice Vincensini, no existe ninguna prohibición por parte de las hadas ni ningún tabú que

---

<sup>28</sup> D'ARRAS, Jean, *Mélusine*, Paris, Stock, 1979, pág.43.

<sup>29</sup> Decimos «en apariencia» porque, mientras que Mélusine tiene apariencia humana, puede permanecer en el reino del marido, en Lusignan. Cuando su cuerpo es mitad humano mitad serpiente, sólo le queda la posibilidad de esconderse, pero cuando, por culpa de Raymondin, se convierte por completo en una serpiente, no le quedará más remedio que huir antes que sufrir el espantoso rechazo que su apariencia provoca desde el momento en que su alteridad se ha hecho patente.

<sup>30</sup> JEAN D'ARRAS, *Op. cit.*, pág. 43.

<sup>31</sup> BOSSUAT, *Op. cit.*, pág. 744.

impida su contacto carnal con los humanos: «On ne remarque pas assez souvent que, malgré l'extrême diversité de ses expressions, jamais le tabou « féérique » n'interdit les rapports physiques. Au faite d'un bonheur -presque- sans limites le mortel ne saurait être privé du bonheur sexuel»<sup>32</sup>.

Sin embargo, aunque no existan tabúes sexuales, sí es cierto que normalmente el amor entre el hada y el humano suele partir de algún tipo de prohibición, tabú, o llámese como quiera. El hada que aparece en *Lanval* había prohibido a su amante que desvelara su amor y sobre tal prohibición se cimienta la relación amorosa, de tal modo que cuando Lanval rompe el pacto, la relación se acaba de inmediato. El amor de Mélusine no es una excepción a este respecto, por lo que igualmente se asienta en una prohibición que el hada, Mélusine, impone a Raymondin, el no verla durante el sábado, pero el amor de Raymondin hacia el hada ya ha alcanzado tal magnitud que Raymondin no pone impedimento alguno a ello y durante mucho tiempo lo cumple. La violación del pacto, de hecho, y al igual que ocurre en *Lanval*, no se debe a la desconfianza del amado sino a la intervención de una tercera persona que, de una u otra forma, le obliga a violarlo, pero no conviene adelantar acontecimientos al respecto porque de esta cuestión ya nos haremos eco más adelante. Por el momento, sigamos con la relación amorosa entre Raymondin y Mélusine.

Basada en la confianza y en el amor, Raymondin no cuestiona a su mujer. Antes bien, le liga a ella una relación de confianza en la que para él no es necesario saber para creer y amar. Así se pone de manifiesto, por ejemplo, cuando Raymondin presenta a su mujer en la corte. Al no poder decir cuál es su origen para poderla presentar, como las costumbres protocolarias exigían en la época, Raymondin recibe no pocas críticas de los allí presentes, pues no conciben cómo puede desposar a una mujer a la que no conoce. Las palabras de Raymondin, como podemos constatar, dejan ver su amor y su enorme confianza por la mujer que ha elegido:

C'est incroyable ! s'écria le comte, Raymondin se marie et ne sait qui est la femme qu'il épouse, ni à quelle famille elle appartient !  
Monsieur, dit Raymondin, puisque cela me suffit, cela doit aussi vous suffire, car je ne prends pas femme pour vous, me semble-t-il, mais pour moi. C'est moi qui en supporterai le chagrin ou la joie, comme Dieu voudra <sup>33</sup>.

Como producto de esta confianza, el hada, en una relación de amor generoso, lo colmará de prosperidad creando para él la rica fortaleza de Lusignan. Parece ser normal,

---

<sup>32</sup> VINCENSINI, Jean Jacques, «Viol de la fée, violence du féérique. Remarques sur la vocation anthropologique de la littérature médiévale», en *Sénéfiance*, 36, 1994, pág. 554.

<sup>33</sup> JEAN D'ARRAS, *Op. cit.*, págs. 59-60.

pues, que las hadas materialicen su amor con la concesión de bienes materiales al hombre al que aman, tal y como hemos podido comprobar también en el *lai* de Marie de France, pero esta relación también hace que el héroe pueda ser reintegrado e, incluso, mejor aceptado en el seno social al que pertenece. Así ocurría con Lanval, que, de haber sido olvidado y rechazado, pasa a ser admirado en la corte de Arturo y así ocurre también, en cierto modo, con Raymondin, pues de no haber sido por los sabios consejos de Mélusine, a buen recaudo que el joven hubiera sido acusado y condenado por matar a su tío.

Hasta aquí hemos visto un mismo denominador común a la hora de hablar de la relación que existe entre el hada y el amor en el *lai* de Marie de France y en la novela de Jean d'Arras, aunque también existen motivos divergentes propiciados básicamente por las diferencias a las que aludíamos entre el esquema de desarrollo de un cuento morganiano y de un cuento melusiniano.

Veamos qué ocurre con nuestra tercera obra objeto de análisis, el *Jeu de la Feuillée*, de Adam de la Halle. Desde luego, y a diferencia de los relatos anteriores, el amor no es un tema principal en la obra y, como en algún momento ya indicamos, las hadas, pese a su extensa participación en el relato, no tienen un papel principal, pero, sea como fuere, la relación amorosa por parte de las hadas con los humanos no se encuentra ausente en la obra de Adam, si bien es muy cierto que lejos nos vamos a situar frente a la imagen del amor y del erotismo que hasta aquí hemos visto y que en los dos relatos hasta aquí analizados había ensalzado e idealizado, aún más de lo que ya es esperable, la figura del hada.

Adam, por su parte, nos muestra una realidad corrosiva y decadente en el *Jeu de la Feuillée*, en medio de la cual, y sin que exista una aparente explicación lógica, nos cuenta sobre la aparición de tres hadas: Morgue, Maglore y Arsile, hadas a las que Adam no tardará mucho en hacer víctimas de la corrupta realidad arrasiana<sup>34</sup>. Así lo afirma Travieso cuando, como motivo de desidealización de las hadas del *Jeu*, apunta: «el contacto con la vida arrasiana las contamina, las hace partícipes de las taras del mundo real: el error, la volubilidad, las discusiones, los engaños, la venganza en fin. Las hadas benéficas nada pueden contra una realidad corrosiva»<sup>35</sup>. Adam las contamina de la realidad arrasiana casi desde el momento

---

<sup>34</sup> Es cierto que la irrupción de las hadas marca un antes y un después en la obra, un contraste ya no sólo de tono y de estilo, sino entre lo bonito y lo feo, como bien afirma Poirion: «L'intervention des fées marquerait une période d'enchantement succédant au désenchantement des scènes précédentes» (POIRION, D.: «Le rôle de la fée Morgue et de ses compagnes dans le «Jeu de la Feuillée»», *Bulletin bibliographique de la Société Internationale Arthurienne*, 18, 1966, pág. 127). Sin embargo, hemos de decir que este encantamiento no tardará mucho en desvanecerse.

<sup>35</sup> TRAVIESO GANAZA, M.: «Las hadas desencantadas del *Jeu de la Feuillée* o la degradación de la realidad», *Relaciones culturales entre España, Francia y otros países de lengua francesa*, Cádiz, Universidad de Cádiz, 1999, pág. 240.

mismo en que las tres hadas, Morgue, Maglore y Arsile entran en escena, pese a lo que en principio representan: el silencio, la razón y, como no, la belleza. Esta desidealización de las hadas las aleja sobremanera de la imagen que hasta ahora hemos encontrado del hada en *Lanval*, que, en definitiva, nos muestra la concepción del hada artúrica de tipo morgiano y que sólo roza el mundo de los humanos ocasionalmente. No por ello hemos de pensar que las hadas del *Jeu* se aproximan al tipo de hada melusiniana, igualmente culmen de virtudes ideales como son la belleza, la generosidad y la sabiduría. Aunque como Mélusine, entran en el mundo de los humanos sin que les cueste nada entrar en contacto con él, lejos de ennoblecerlo con sus virtudes, como hace la figura enigmática de Mélusine, sólo consiguen degradarlo aún más con su hostilidad, su rencor y sus deseos de venganza. Como nos dice Northway, «the fairies themselves, for all their magic, are shown to be silly, vain and fickle»<sup>36</sup> y uno de los mejores ejemplos de ello lo encontramos precisamente en la forma que el hada tiene de vivir el sentimiento amoroso.

Si el hada de *Lanval* o Mélusine muestran un amor fuerte hacia sus respectivos enamorados, hasta el punto de seguirlos amando pese a la violación del pacto inicial en el que se cimienta la relación amorosa por parte del enamorado (el hada en *Lanval* acude al juicio de Arturo para exculpar a su amante y Mélusine perdona a Raymondin por haberla visto en sábado, ya que sabe que no ha desvelado su secreto), Morgue, la única hada que vive una relación amorosa, y la que teóricamente se muestra más neutra e inteligente, deja de amar al hombre del que por sus méritos dice estar enamorada sólo porque Croquesot, uno de los asistentes a la cena de las hadas y aquel que, en un principio, tiene potestad para hablar con ellas, le comunica que éste se ha vanagloriado con su amor. A este respecto, desde luego, ya hemos tenido ocasión de comprobar en *Lanval* la reticencia que la figura del hada (modelo de hada morgiana) muestra a que sus amores sean desvelados. No es de extrañar, pues, que a Morgue ello no le agrade en modo alguno, pero resulta muy poco inteligente por su parte, y sorprendente, por supuesto, a los ojos del lector, que no cuestione la información de Croquesot, tanto más cuanto que él ha venido a convencerla de que ame a su señor y Morgue así lo hace sin titubeo alguno, confesándole que olvidará a su enamorado, un joven que parecía ser culmen de virtudes, para amar al señor de Croquesot, quien lo único que parece haber hecho para ser merecedor del amor del hada es haber mandado a un criado embaucador para que con sus tretas le abone el terreno. La inconstancia del hada Morgue la humaniza y hace que nos encontremos una imagen desidealizada de las hadas en el *Jeu* (existen otros aspectos que vienen a ratificar esta idea y de los que ya hablaremos más adelante), una imagen mucho más humanizada, como hemos dicho, pues hemos de señalar que a lo

---

<sup>36</sup> NORTHWAY, D.: «The idea of the « feminine » in *Le Jeu de la Feuillée*», *Les bonnes feuilles*, 9, 1980, pág. 85.

largo del medievo subyace la imagen misógina de la mujer como ser que en todo momento está guiado por la inconstancia y la volubilidad, especialmente cuando anhela vengarse del hombre y, si por algo se caracterizan las hadas del *Jeu de la Feuillée*, es precisamente por su naturaleza vengativa. Veamos, en cualquier caso, con qué facilidad, y sin tener necesidad de comprobar si es cierto lo que ha dicho Croquesot, Morgue decide cambiar de pareja, siguiendo también a pies juntillas los consejos que le da Arsile al respecto:

CROKESOS

Bien le savoie.  
Me sire en est en jalousie  
Tres qu'il joust a l'autre fie  
En ceste vile, o Marchié droit.  
De vous et de lui se vantoit;  
Et tantost qu'il s'en prist a courre,  
Mes sires se mucha en pourre  
Et fist sen cheval le gambet  
Si que caïr fist le varlet  
Sans assener sen compaignion.  
(...)

ARSILE

Le cuer n'avés mie en le cauche,  
Dame, qui pensés a tel home:  
Entre le Lis, voir, et le Somme,  
N'a plus faus ne plus buhotas,  
Et se veut monter seur le tas  
Tantost qu'il repaire en un lieu.

MORGUE

S'est teus?

ARSILE

C'est mon.

MORGUE

De la main Dieu  
Soie jou sainnie et benite!  
Mout me tieng ore pour despite  
Quant pensoie a tel cacoigneur  
Et je laissoie le gringneur  
Prinche qui soit en faerie

MORGUE

Croquesot

CROKESOT

Ma dame.

## MORGUE

Amistéis

Porte ten seigneur de par mi <sup>37</sup>.

Asimismo, aparte de esta volubilidad en materia amorosa, nada nos dice el *Jeu de la Feuillée* sobre la generosidad del hada hacia el amado, rasgo por el que precisamente se habían caracterizado los amores del hada que aparece en *Lanval* y de Mélusine y, sin embargo, la concesión de dones no es un tema que se encuentre ausente en el *Jeu de la Feuillée*. Creemos, pues, conveniente profundizar más en esta idea.

### 3. Las hadas y la concesión de dones o la volubilidad del destino

En este orden de ideas, creemos de justicia empezar diciendo que el motivo de los deseos de un héroe por un ser sobrenatural es un motivo folklórico que viene de antaño<sup>38</sup>. De hecho, Le Goff ha interpretado la presencia de lo maravilloso durante el medioevo centrándose especialmente en la función compensadora que hubo de ejercer frente a la cotidianidad y al amargo peso de la carencia con el que a menudo la Edad Media solía castigar: «Una primera observación indica la evidente función compensadora de lo maravilloso. Lo maravilloso compensa la trivialidad y la regularidad cotidianas»<sup>39</sup>. Así acaece, por ejemplo, en el *lai* de Marie de France. En él nos encontramos a un caballero, el protagonista del relato, Lanval, injustamente olvidado por la corte de Arturo. Sin que exista razón aparente, Lanval ha perdido sus bienes materiales y el renombre que por su posición le correspondería, ya que, según se apunta en el relato, Lanval es hijo de un rey. Ante esta penosa y desagradable situación, al héroe no le queda más remedio que exiliarse por culpa del rechazo que siente en la corte. En su peregrinar, y sin haberlo pretendido, Lanval se encuentra con una misteriosa hada que, como ya hemos apuntado, no tardará mucho en concederle su amor y su cuerpo. Lanval sucumbe y vive así una relación amorosa con el hada. Como dice Baumgartner<sup>40</sup>, el caballero se deja seducir por todos los dones que el hada le hace y ésta lo colma de regalos volviendo a hacer de Lanval un caballero digno de admiración por todas las riquezas que ahora posee y que con generosidad, como en la Edad Media es esperable de un caballero, comparte con los demás cuando, de regreso del mundo maravilloso del hada, vuelve a reinsertarse en la realidad que supone la corte artúrica:

<sup>37</sup> DE LA HALLE, A.: *Le jeu de la Feuillée*, París, Flammarion, 1989, págs. 104-108, vv. 732-763.

<sup>38</sup> De hecho, así lo ha afirmado Ménard: «Le motif des souhaits d'un mortel exaucés par un personnage surnaturel est connu dans le folklore» (MÉNARD, *Op. cit.*, pág. 155).

<sup>39</sup> LE GOFF, J.: *Lo maravilloso y lo cotidiano en el occidente medieval*, Barcelona, Gedisa, 1986, p. 14.

<sup>40</sup> BAUMGARTNER, *Op. cit.*, pág. 47.

Quant la pucele oï parler  
Celui ki tant la pout amer,  
S'amur e sun cuer li otreie.  
Ore est Lanval en derrite veie!  
Un dun li a duné après:  
Ja cele rien ne vuldra mes  
Que il nen ait a sun talent;  
Doinst e despende largement,  
Ele li trovera asez.  
Ore est Lanval bien assenez:  
Cum plus despendra richement,  
E plus avra or e argent <sup>41</sup>.

Como vemos, el hada permite a Lanval regresar y ser aceptado en el contexto al que teóricamente pertenece. Su don resulta ser así hartamente generoso, ya que redundante en su aceptación social, aspecto de vital importancia para un caballero, en el hecho de que pueda ser generoso, como por su condición le corresponde y, sobre todo, en que haya pasado del desdén a la admiración y, sin embargo, de regreso a la corte de Arturo, Lanval advierte la necesidad que tiene de estar con su hada, pero evidentemente, el don del hada no ha olvidado el aspecto sentimental, pese a la opulencia materialista que conlleva, y concede así a Lanval el derecho a verla cuando desee, siempre y cuando lo haga en un lugar solitario en el que puedan gozar libremente de su amor y, sobre todo, siempre y cuando no confiese a nadie su relación con ella. Como podemos apreciar, todo buen don por parte de un hada conlleva una condición sin el cumplimiento de la cual, el don desaparece total o parcialmente y lo afirmamos con este valor categórico porque, como acto seguido vamos a tener ocasión de constatar, una situación muy semejante encontramos en Mélusine, al igual que se encuentra en tantos y tantos otros relatos medievales sobre hadas.

En efecto, Mélusine también es un hada benefactora con su amado Raymondin casi desde el momento mismo en que toma contacto con él. Conocedora de su destino por el poder de predicción que sobre éste tiene, Mélusine ayuda a Raymondin a salir airoso de la problemática situación en la que se encuentra. Ya hemos apuntado con anterioridad que Raymondin, en un día de cacería, había matado sin querer a su amado tío. Todas las pruebas y evidencias del crimen lo hubieran presentado como asesino, pero los sabios consejos de Mélusine lo salvan de un castigo que a buen recaudo le hubiera costado el exilio cuando menos o quizá, incluso, la muerte. Mélusine es así un hada salvadora de su amado desde el principio del relato como lo es el hada en *Lanval*,

---

<sup>41</sup> MARIE DE FRANCE, *Op. cit.*, pág. 40 (vv. 131-143).

cuando al final del *lai* acude al juicio que preside Arturo para exculpar a su amante de la mentira que con no poca perfidia ha lanzado Ginebra.

Sin embargo, el don de Mélusine no se queda aquí. De hecho, una vez que desposa a Raymondin, lo va a colmar de prosperidad y de riqueza formando para él y para todo su linaje, con sus sabios consejos, un rico imperio en torno a la fortaleza de Lusignan, símbolo de grandeza y poder. No en vano, cuando han de darle nombre a la fortaleza, se elige el de Lusignan, derivado de Mé-lusine, explicitándose en el texto que el nombre del hada, que en lengua griega remite a una idea de perfección, significa prodigio, y, en cierto modo, el gran esplendor y el poco tiempo con el que Mélusine ha conseguido levantar Lusignan han sido prodigiosos:

En vérité, dit le comte, ce nom lui va bien, pour deux raisons. En effet, vous vous appelez Mélusine d'Ecosse, ou d'Albanie, et Albanie, en grec, veut dire « qui ne fait pas défaut », et Mélusine signifie « prodige » ou « prodigieuse ». Or cette place forte a été fondée de façon prodigieuse, et je crois qu'aussi longtemps qu'elle durera, il y surviendra des événements prodigieux <sup>42</sup>.

Sin embargo, la prosperidad de Mélusine no sólo se queda en la gran fortaleza de Lusignan. Desde que Raymondin contrae matrimonio con ella, Mélusine, en pro del poder y de la admiración que su marido ha de suscitar, continúa formando abadías e iglesias como la de Notre-Dame de Lusignan, don del que se traduce, por otra parte, la voluntad de Mélusine por formar parte del orden establecido al estar a bien con la Iglesia, aspecto que nos llama sobremanera la atención, ya que el hada, en principio, remite a un contexto esencialmente pagano y según nos contaba la leyenda, las Melusinas habían sido maldecidas por Satán convirtiéndolas en serpientes, animal que desde los tiempos bíblicos ha simbolizado lo maligno. Mélusine, en cambio, afirma en reiteradas ocasiones que su poder proviene de Dios, da sabios consejos a sus hijos pidiéndoles que actúen con honradez, que en todo punto respeten los preceptos cristianos y que protejan a los más débiles y, finalmente, para sellar la alianza que ella pretende con la Iglesia y, por ende, con Dios, pues ello la integraría definitivamente en el mundo de los humanos, de aquellos que son hijos de Dios, funda abadías e iglesias en el buen nombre de su marido y en el suyo propio.

Mélusine otorga el don de la prosperidad y la riqueza a Raymondin y a todos sus hijos, así como a otros tantos súbditos, lo cual le proporciona la admiración y la aceptación tan deseada por su parte: «Mélusine donna tant, aux grands comme aux humbles, que tous ceux qui assistèrent à la fête se félicitèrent de ses riches présents,

---

<sup>42</sup> JEAN D'ARRAS, *Op. cit.*, pág. 74.

s'interrogeant sur l'origine d'une telle richesse et reconnaissant que Raymondin avait fait un noble et puissant mariage (...)»<sup>43</sup>.

A todo lo dicho hasta aquí cabría añadir que, aparte de la concesión de dones materiales, Mélusine se caracteriza por conceder un don, el del anillo, para proteger al héroe en su contienda bélica. La heroicidad en el relato no es así una cuestión puramente masculina. En efecto, detrás de cada victoria suelen estar los sabios consejos de Mélusine o, en ocasiones, incluso, la concesión del anillo<sup>44</sup> para proteger al héroe del combate y para garantizarle la victoria. Así lo hace con su marido, Raymondin, y posteriormente con sus dos hijos mayores, Urian y Guion.

A modo de conclusión, hemos visto cómo el poder del hada, puesto de manifiesto en la concesión de dones, suele ser un poder benéfico, contribuyendo así a engrandecer la trayectoria heroica del protagonista masculino, provocando la admiración de cuantos le rodean y, sin embargo, del encantamiento y del don en ocasiones se pasa al maleficio y es que, como ya habíamos dicho en un principio, las hadas también pueden tener una arista de maldad<sup>45</sup> para con los humanos que las rodean, tal y como ocurre en el *Jeu de la Feuillée*.

Sabemos, por todo lo que nos cuenta el texto, que Adam y Richesse han estado preparando la mesa para que las hadas puedan cenar, pero, accidentalmente, han olvidado un cubierto, en concreto un cuchillo, en el lugar que ocupa Maglore. Así, cuando las hadas llegan y se disponen a cenar, agradecen a quienes han preparado la mesa concediéndoles los dones que cabe esperar por el servicio prestado, para Adam que sea un buen poeta y para Richesse fortuna:

ARSILE

S'est bien droit qu'il leur en soit miex  
Et que chascune un don i meche.  
Dame, que donrés vous Riqueche?  
Commenchiés.

MORGUE

Je li doins don gent.  
Je voeil qu'il ait plenté d'argent

---

<sup>43</sup> JEAN D'ARRAS, *Op. cit.*, pág. 69.

<sup>44</sup> Precisamente, uno de los objetos en los que se suele simbolizar el poder del hada es el anillo (HARF-LANCNER, *Op. cit.*, pág. 14).

<sup>45</sup> Nos gustaría destacar la opinión de Northway a este respecto: «The fairies are beautiful, but they are powers to be feared» (NORTHWAY, *Op. cit.*, pág. 84).

Et de l'autre voeil qu'il soit teus  
Que che soit le plus amoureux  
Qui soit trouvés en nul païs.

ARSILE

Aussi voeil je qu'il soit jolis  
Et bons faiseres de canchons.

MORGUE

Encore faut a l'autre uns dons.  
Commenchiés.

ARSILE

Dame, je devise  
Que toute sa marcheandise  
Li viegne bien et monteplit<sup>46</sup>.

Falta, pues, la concesión del don de Maglore, que por desgracia se ha quedado sin cuchillo y que, por lo tanto, según dictan las costumbres protocolarias del medievo, ha quedado excluida del banquete. Cuando Morgue la insta a que conceda algún don a Adam y a Richesse, Maglore, en un principio, se niega, pero ante la insistencia de las otras dos hadas, el don torna en maleficio y Maglore echa así una suerte contra Richesse y contra Adam. Al primero le desea que se quede calvo y al segundo que su mujer lo arrastre voluptuosamente a su lado y no le permita marchar a París para continuar sus estudios. Poniéndose en antecedentes, éstos son dos de los peores castigos que el hada Maglore ha podido idear contra Richesse y contra Adam, pues habida cuenta de que al primero le gusta disfrutar de la compañía de las mujeres y en tanto en cuanto durante la Edad Media existe la creencia de que en el cabello reside la fuerza y el vigor masculino, en cierto modo es como si lo estuviera castrando, y al segundo, que tanto ha renegado de su mujer al ver en ella un obstáculo para conseguir su honorable propósito de marcharse a estudiar a París, lo castiga con caer en los brazos voluptuosos de su mujer sin que pueda así librarse de ella para irse a estudiar. Con ello condena a Adam de no poderse librar de la degradante y corrupta ciudad de Arras, como les ocurre al resto de personajes y como, poco a poco, les ha ocurrido a ellas mismas. La imagen del hada es, pues, antitética si la ponemos en parangón con la que hemos encontrado en el *lai* de Marie de France o en la novela de Jean d'Arras. De hecho, mientras que el hada de *Lanval* y Mélusine intervienen en el relato con la concesión de dones para mejorar el destino del héroe, mostrándose así como hadas benefactoras, Maglore interviene justamente para provocar el efecto contrario, no cambiar en nada el destino del héroe e anular, incluso, la voluntad de éste por cambiarlo. Cualquier función compensatoria de lo maravilloso frente a la trivialidad cotidiana del

---

<sup>46</sup> ADAM DE LA HALLE, *Op. cit.*, pág. 98, (vv. 656-669).

mundo real, de la que se hacía eco Le Goff, como en su momento tuvimos ocasión de ver, quedan anuladas en el *Jeu de la Feuillée* y ello es así porque, como de sobra es sabido, Adam pretende hacer prevalecer en su obra una visión crítica de la realidad, mostrándonos, a través del juego de la hilarante parodia, una realidad degradada y corrosiva de la que nadie puede escapar, ni siquiera las hadas que provienen del Otro Mundo y que entraban en escena con su mirífico tintinear de campanillas y, tal vez, con la promesa de sustituir la fealdad arrasiana con su presencia de belleza, razón y sabiduría.

Como hemos podido ver, Morgue resulta ser un hada bastante neutra, Arsile es un hada positiva y en cuanto a Maglore, «elle semble avoir hérité du mauvais rôle, celui qu'on attribuait jadis à la fée chargée de couper le fil dévidé et tissé par les autres, pressage de la mort»<sup>47</sup>. En la concesión de dones, o mejor dicho, de maleficios en este caso, bien se podría decir, como hace Travieso, que la escena se lleva a cabo «según un estricto juego de paralelismos y de antítesis: cada regalo de Morgue viene seguido de una réplica de Arsile que lo reproduce y por una airada maldición de Maglore que lo neutraliza»<sup>48</sup>. Veamos, pues, cómo Maglore lanza su suerte contra Adam y Richesse y pongámoslo en parangón con los dones concedidos por Morgue y Arsile. El poder positivo y benefactor de éstas queda completamente anulado por la réplica de Maglore:

#### MAGLORE

Je di que Riquiers soit pelés  
Et qu'il n'ait nul caval devant.  
De l'autre, qui se va vantant  
D'aler a l'escole a Paris,  
Voel qu'i(l) soit si atruandis  
En le compaignie d'Arras  
Et qu'il s'ouvrit entre les bras  
Se feme qui est mole et tenre,  
Et qu'il perge et hache l'aprenre  
Et meche se voie en respit<sup>49</sup>.

Como hemos tenido ocasión de ver en el *Jeu de la Feuillée*, los dones de las hadas y su buena voluntad pueden tornar en maldición, castigo y venganza, y estos motivos también suelen estar patentes en los relatos de hadas. De hecho, tampoco son ajenos en *Lanval* y en *Mélusine*, si bien la diferencia con Maglore, Arsile y Morgue se encuentra en que las hadas que protagonizan estos dos relatos son dadas al perdón

---

<sup>47</sup> POIRION, *Op. cit.*, pág. 131.

<sup>48</sup> TRAVIESO, *Op. cit.*, pág. 245.

<sup>49</sup> ADAM DE LA HALLE, *Op. cit.*, pág. 100, vv. 682-691.

pese a que el agravio lo sufren directamente del héroe, mientras que las hadas del *jeu*, si han sufrido agravio por parte del hombre, éste no se ha concebido de forma volitiva. A la luz de lo dicho, creemos conveniente profundizar en torno a esta cuestión.

#### 4. *Las hadas y el castigo a la transgresión del héroe: ¿Las hadas son dadas al perdón?*

Como denominador común, en los tres relatos que en este artículo hemos traído a colación, el personaje masculino se caracteriza por llevar a cabo una transgresión a la autoridad del hada y frente a dicha transgresión, evidentemente, el castigo no se hace esperar.

Recordemos que en *Lanval*, el héroe, que había prometido al hada no desvelar a nadie su relación amorosa, rompe el pacto cuando Ginebra, tras haberle declarado su amor y haberse visto desdefñada, lo acusa de deleitarse con prácticas homosexuales. El héroe, consciente de cómo su orgullo masculino ha quedado mermado de forma tan humillante, en un ataque de cólera confiesa a la reina que está enamorado de otra mujer, en cuyo reino incluso la sirvienta más humilde sobrepasa a Ginebra en belleza. Acto seguido, y recordando las palabras que el hada le dijera, Lanval comprende cuál será su castigo, la pérdida de la amada:

A sun ostel fu revenuz;  
 Ja s'esteit bien aparceüz  
 Qu'il aveit perdue s'amie:  
 Discoverte ot la druërie.  
 En une chambre fu tuz sous,  
 Pensis esteit e anguissous.  
 S'amie apele mult sovent,  
 Mes ceo ne li valut nient.  
 Il se pleigneit e suspirot,  
 D'ures en altres se pasmot;  
 Puis li crie cent feiz merci,  
 Qu'ele parolt a sun ami.  
 Sun quer e sa buche maldit;  
 C'est merveille qu'il ne s'ocit.  
 Il ne set tant criër ne braire  
 Ne debate ne sei detraire,  
 Qu'ele en vueille merci aveir  
 Sul tant qu'il la puisse veoir <sup>50</sup>.

---

<sup>50</sup> MARIE DE FRANCE, *Op. cit.*, pág. 58, vv.335-352.

Al tiempo que el castigo se dilata, la pena de Lanval va en aumento y ya en el doloroso trance de ser injustamente castigado se produce la llegada del hada con el único propósito de exculpar a Lanval de la mentira de la reina. Sin embargo, la indiferencia que el hada muestra hacia el joven, hacia el amante que la ha traicionado, invita a pensar que no desea perdonarlo. Su actitud, aun en un trance como el que Lanval está viviendo, es altiva, pero al final del relato somos testigos de cómo el hada ha debido de perdonar a Lanval al permitirle que monte en su caballo y llevarlo junto a ella a Avalon, cerrando así el *lai* con el final feliz tan esperado por el lector.

No podemos decir, en cambio, lo mismo de la novela de Jean d'Arras. Si recordamos bien, Mélusine contrae matrimonio con el joven Raymondin bajo una sola condición, que éste no la vea durante el sábado, y durante no pocos años el mandato de Mélusine se cumple, pero un día, con la llegada del hermano de Raymondin, el conde de Forez, se producirá la transgresión contra la voluntad del hada. En efecto, el conde, que no comprende por qué Raymondin no puede ver a su mujer los sábados, dice a su hermano que corren rumores de que su mujer se libra al desenfreno con otros hombres. También le dice que hay quienes piensan que Mélusine es un espíritu maligno y por ello ha de hacer penitencia todos los sábados. Raymondin, preso de la curiosidad, viola el pacto y espía a Mélusine mientras ésta se está bañando. Así descubre que su mujer posee una doble apariencia: de cintura para arriba es una mujer y de cintura para abajo es una serpiente. Mélusine, enterada de la traición de su esposo, decide perdonarlo porque le ha guardado el secreto, no contándoselo a nadie:

S'apercevant qu'elle ne lui parlait de rien, Raymondin pensa qu'elle ne savait rien de ce qui s'était passé, ce en quoi il avait tort : elle savait tout, mais comme il n'en avait parlé à personne, elle avait pardonné, et faisait comme si de rien n'était. Aussi répondit-il tout joyeux :

- Madame, j'ai été un peu malade, et je n'ai pas cessé de traîner une petite fièvre <sup>51</sup>.

Mélusine se engrandece aún más con su perdón inmediato, superando así la generosidad con la que actúa el hada de *Lanval*, pero existe una razón lógica para justificar la extrema generosidad de Mélusine, su deseo de pertenecer al mundo real, tener la apariencia de mujer y morir como una cristiana más. Por ello pone en práctica, con la mayor de las generosidades, uno de los más importantes preceptos del cristianismo, el del perdón. Sin embargo, cuando Raymondin vuelve a traicionarla guiado por la cólera al haber perdido a su hijo Fromont y desvela así que es una serpiente y que, por ello, su descendencia contiene un matiz de maldad, Mélusine se ve obligada a marcharse perdiendo su apariencia humana y mutándose por completo

---

<sup>51</sup> JEAN D'ARRAS, *Op. cit.*, pág. 233.

en una gigantesca serpiente que no provoca otra cosa que repulsión y miedo por doquier. Cualquier posibilidad de perdonar se desvanece no tanto por voluntad del hada sino porque el mundo real le ha cerrado sus puertas, como da perfecta cuenta el que se haya convertido para siempre en una serpiente de cuerpo entero. Así, pese a que Raymondin se arrepiente de su injusto impulso, deberá vivir con el castigo de no volver a ver a Mélusine con forma humana. Asimismo, y antes de desaparecer, Mélusine reproduce la maldición que sobre él ha de pesar por haberla traicionado, la pérdida gradual del poder por parte de los de su linaje y aún así, el hada quiere seguir mostrando su imagen de hada bienhechora al prometerle a su marido que ni él ni sus hijos sufrirán agravio alguno. El castigo no depende entonces tanto de ella sino de la maldición que sobre ella pesa:

Sachez que plus jamais personne, après vous, ne maintiendra réunies sous son autorité les terres que vous gouvernez, et vos héritiers après vous, auront fort à faire. Et sachez que certains d'entre eux, par leur aveuglement, perdront une grande partie de leurs biens. Mais quant à vous, ne craignez rien, car tant que vous vivrez, je vous aiderai quand vous en aurez besoin. (...) pourtant, je ne veux pas que vous ayez le moindre espoir de me revoir jamais sous forme humaine, après mon départ <sup>52</sup>.

Sin embargo, esta actitud de generosidad y de perdón no siempre es esperable en el hada. Su propia esencia contradictoria las puede convertir en seres vengativos y crueles que por capricho y desdén de los humanos, incapaces de perdonar al hombre por sus faltas, le lanzan algún maleficio para perjudicarlo. Es lo que ocurre con Morgue, Maglore y Arsile, las hadas del *Jeu*. En efecto, Morgue se ha visto traicionada por el hombre al que ama, al haberse vanagloriado éste de su amor y Maglore se ha visto ultrajada con el olvido del cuchillo, pues, en cierto modo, ha sido relegada del banquete. La ira de las hadas no se hace esperar. Así, Morgue, lejos de perdonar a su amado, lo cambia por otro sin la menor reflexión, recordándonos así la amenazante inestabilidad con la que a la mujer se la concibe en el medioevo<sup>53</sup>. En cuanto a Maglore, incapaz de perdonar a Richesse y a Adam por no haberle puesto el cuchillo, los castiga con lo que más puede dolerles. Ya veíamos cómo a Richesse lo deja sin pelo (¿sin vigor sexual?) y a Adam lo liga a la cotidianidad de Arras y a los brazos voluptuosos de una mujer lasciva a la que Adam dice ya no amar y todo ello por el inocente olvido del cuchillo o por haber presumido del amor de un hada, falta esta última que en ningún momento queda atestiguada en el relato. Las faltas del hombre no parecen entonces tan graves

---

<sup>52</sup> JEAN D'ARRAS, *Op. cit.*, pág. 254.

<sup>53</sup> POIRION, *Op. cit.*, pág. 128.

como las que cometieron Lanval y Raymondin y, sin embargo, sus hadas saben personarlos. En la *Feuillée*, por el contrario, las hadas no perdonan. Antes bien, parecen haber venido para castigar con el maleficio, pero éste apenas si tiene influencia, aspecto que contrasta con el inmenso poder que presentaban el hada de *Lanval* y Mélusine, pues la realidad de Arras no cambia y sigue así su continuo proceso de degradación. El castigo, además, se sanciona en la escena final en la que entra en escena la más decrepita y amoral de las mujeres, Dame Douce, y pide ayuda a las hadas para vengarse de Richesse por haberla dejado embarazada y haberla humillado en público. Las hadas abandonan así la escena para reunirse con las viejas del lugar haciendo que el mirífico tintineo de campanillas con el que entraron en la ciudad prometiéndoles dones y encantos para con sus habitantes termine en un esperpéntico encuentro de viejas y brujas cuyo único objetivo será el de castigar al hombre. Las hadas del *Jeu* han invertido hasta tal punto su papel que se hacen portadoras de las mismas taras del ser humano: el rencor, la venganza o la inestabilidad.

### 5. Conclusión

Tal y como hemos tenido ocasión de comprobar, las hadas, personajes frecuentes en la *Literatura Francesa Medieval*, son seres complejos cuyo modo de actuar oscila entre el bien y el mal, el amor y el odio, la generosidad y el egoísmo más absoluto, el perdón y la venganza. A menudo se presentan como seres supranaturales capaces de conocer y mediar en el destino del héroe, del que no es extraño que resulten enamoradas. Así ocurre en *Lanval* o en *Mélusine*. Las hadas protagonistas de ambos relatos colman al héroe con toda clase de dones y *Mélusine*, incluso, con un aguerrido linaje de hijos. El hada de *Lanval*, fiel al prototipo de hada morganiana, vive un amor estéril que exige, como reclamo, que el héroe marche al mundo del hada y *Mélusine*, por su parte, diosa de la fecundidad, no anhelará otra cosa que integrarse en el mundo real, mundo del que al final es rechazada por su naturaleza supranatural y por la maldición que sobre ella pesa.

Asimismo, en sendos relatos, y tal y como ocurre en el cuento de hadas morganiano y melusiniano, el héroe, trasgresor de la voluntad del hada, se ve abandonado por ésta, pero las hadas, a menudo generosas y complacientes, deciden perdonarlo por el agravio causado y en la mejor de las situaciones, incluso, permiten que éste se marche con ellas a un lugar en el que puedan vivir su amor, esto es, en el mundo del Más Allá al que el hada pertenece. Es lo que ocurre, por ejemplo, con el hada de *Lanval*. Son, pues, hadas ideales que representan el bien y la armonía, valores de los que, en no pocas ocasiones, el mundo del hombre y, por ende, de la realidad carece y, sin embargo, no siempre

encontramos entre los relatos medievales esta idílica visión del hada. En este sentido, y por las razones aducidas en este artículo, nos han llamado la atención las hadas desidealizadas o desencantadas que aparecen en la *Feuillée*. Las hadas hacen gala, antes bien, del carácter huraño y de la maldad que, al igual que al mundo de la naturaleza, las caracteriza. Aunque bastante menos explotada, ésta también es una imagen intrínseca del hada, de ese ser que aún en su interior facetas diferentes y, a veces, contradictorias. Las hadas de la *Feuillée*, antagónicas de las de *Lanval* y *Mélusine*, son banales, vengativas, inconstantes. Participan de las mismas taras que el mundo real, por el que de inmediato se ven contaminadas. Si las hadas ideales (*Mélusine* o el hada de *Lanval*) vienen con el firme propósito de cambiar y mejorar el mundo real, las hadas que nos presenta Adam quedan, por el contrario, desidealizadas por este mundo. Los maleficios que lanzan las acercan más a la figura de la bruja y hechicera, pero no hemos de olvidar el espíritu con el que Adam concibe su obra, un espíritu cínico y burlón contra la realidad que le envuelve y un espíritu paródico, a su vez, de ciertos géneros y personajes literarios. Adam desidealiza la literatura cortés y la imagen de la mujer cortés, pero con esta degradante deconstrucción del hada y con su consiguiente humanización, también podría estar parodiando la literatura maravillosa imperante en la época (*novelas cortesas, canciones de gesta, lais*, etc.). Adam no ve en lo maravilloso una función compensadora, ni siquiera es una válvula de escape. Al final la realidad, con su rostro más desagradable, se impone y ni siquiera las hadas pueden hacer nada contra ello.

Soñemos, entonces, o despertemos. Los relatos de hadas parecen ofrecernos, en el ámbito de la *Literatura Francesa Medieval*, los dos rostros inquietantes con los que a menudo el ser humano se ve confrontado: la realidad y la fantasía, el bien y el mal, el amor y el odio, el perdón y la venganza.

### Bibliografía

- AUBAILLY, J.-C.: *La fée et le chevalier. Essai de mythanalyse de quelques lais féeriques des XII<sup>e</sup> et XIII<sup>e</sup>*, Paris, Honoré Champion, 1986.  
 BAUMGARTNER, E.: *Le récit médiéval*, Paris, Hachette, 1995.  
 BERTHELOT, F.: *Le roman courtois*, Paris, Nathan / Université, 1998.  
 BOSSUAT, R. et alii.: *Dictionnaire de lettres françaises*, Paris, Fayard, 1964.  
 BOUTET, D.: *Histoire de la littérature française du Moyen Âge*, Paris, Honoré Champion, 2003.  
 D'ARRAS, J.: *Mélusine*, Paris, Stock, 1979.  
 DE FRANCE, M.: *Le lai de Lanval*, Paris, Le livre de Poche, 1995.  
 DE LA HALLE, A.: *Le Jeu de la Feuillée*, Paris, GF Flammarion, 1989.  
 DELCOURT, T.: *La littérature arthurienne*, Paris, PUF, 2000.

- DESSEIN, M.: *La femme médiatrice dans les grandes oeuvres romanesques du XII<sup>e</sup> siècle*, Paris, Honoré Champion, 2001.
- HARF-LANCNER, L.: *Les fées au Moyen Âge. Morgane et Mélusine. La naissance de fées*, Paris, Honoré Champion, 1984.
- HARF-LANCNER, L.: «La reine ou la fée: l'itinéraire du héros dans les *Lais de Marie de France*», DUFOURNET, J. (ed.): *Amour et merveille dans les Lais de Marie de France*, Paris, Honoré Champion, 1995.
- LE GOFF, J.: *Lo maravilloso y lo cotidiano en el occidente medieval*, Barcelona, Gedisa, 1986.
- MARTÍN, T.: *Vidas, secretos y costumbres del mundo encantado de las hadas*. Barcelona, Editorial Óptima, 2003.
- MÉNARD, P.: *Les lais de Marie de France*, Paris, PUF, 1979.
- NORTHWAY, D.: «The idea of the feminine in *Le Jeu de la Feuillée*», *Les bonnes feuilles*, 9, pp. 73-91.
- POIRION, D.: «Le rôle de la fée Morgue et de ses compagnes dans le « *Jeu de la Feuillée* »», *Bulletin Bibliographique de la Société Internationale Arthurienne*, 18, pp. 125-136.
- POIRION, D.: *Le merveilleux dans la littérature française du Moyen Âge*, Paris, PUF, 1982.
- SIENAERT, E.: *Les lais de Marie de France. Du conte merveilleux à la nouvelle psychologie*, Paris, Honoré Champion, 1984.
- TRAVIESO GANAZA, M.: «Las hadas desencantadas del *Jeu de la Feuillée* o la degradación de la realidad», AA.VV. (ed.): *Relaciones culturales entre Francia y España*, Cádiz, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cádiz, 1997.
- VINCENSINI, J.-J.: «Viol de la fée, violence du féérique. Remarques sur la vocation anthropologique de la littérature médiéval», *Sénéfiance*, 36, pp. 545-559.